



LOS ZAPATOS MISTERIOSOS Y SOLIDARIOS

Déjame que te cuente la historia de Tiburcio, un chico en busca de unos zapatos nuevos.

Tiburcio llevaba varias semanas buscando unos zapatos... en su ciudad había muchas zapaterías pero aun no había encontrado un calzado adecuado a él: en unas eran muy caros, en otras tan baratos que no se fiaba, en unas demasiado estrechos y le hacían daño, en otras no tenían de su medida, en unas había zapatos puntiagudos que no les gustaban, en otras eran tan chatos que le hacían daño en el dedo gordo.

Como tenía la tarde libre decidió que no pararía hasta encontrarlos, iría a los barrios más lejanos. Nuestro amigo Tiburcio tenía piernas fuertes y caminó y caminó, deteniéndose en todas las tiendas que parecía que podían vender zapatos. Hasta paró en una que se llamaba “al paso, al trote, al galope” aunque cuando entró y vio que solo tenían herraduras... salió un poco avergonzando.

Cuando empezaba a anochecer, un poco más adelante, en un callejón oscuro vio un extraño letrero: “Tienda la misteriosa”. En la vitrina, junto a la puerta, se amontonaban cajas y objetos que no se distinguían muy bien por la poca luz... pero en un rincón descubrió varios pares de zapatos y botas. Así que se decidió a entrar y preguntó: ¿Tiene usted zapatos para mí? ¿del número 40? Se levantó de su banqueta una señora, con una pañoleta blanca en la cabeza, no era ni muy joven ni anciana sino todo lo contrario. Se le acercó y le miró de pies a cabeza, sí, sí, comenzando por los pies hasta llegar a su cara donde le clavó sus pequeños ojos negros que parecían estar leyendo su corazón.

¿Está usted seguro de lo que quiere? ¡Claro! - dijo Tiburcio- “Ya le digo: Unos zapatos para andar bien por las calles de esta ciudad con tantos baches y tropiezos”.

La mujer sonrió con gesto misterioso. Pues si quiere caminar lejos y seguro, le recomiendo estos. ¿del número 40 me dijo? Son 115 pesos. En la moneda de aquel país no era mucho dinero. Los zapatos eran un poco extraños en su forma y colorido. Pruébeselos - le aconsejó.

Tiburcio se sentó, se quitó los zapatos viejos y se puso los nuevos, movió algo los dedos de los pies, se levantó y caminó un poquito. ¡Me están muy bien! - Exclamó satisfecho - Esto es justo lo que yo buscaba... me los... al girarse se dio cuenta de que la vendedora había desaparecido!

Como estaba ya oscuro y su casa estaba lejos, decidió marcharse con los zapatos nuevos, pero Tiburcio era un persona honrada: dejó los 115 pesos sobre el mostrador y gritó por última vez, por si estaba en algún rincón: “Gracias señora, aquí le dejo el dinero”.

Al llegar a casa entró en su habitación y dejó los zapatos viejos en un rincón. Se fue al gran espejo que tenía en su armario para ver qué tal le caían los zapatos pero... al mirarse... no vio nada ¿Qué me está pasando? ¿estoy ciego?- dijo en voz baja. Sin embargo, el veía perfectamente todo lo que rodeaba...

Temblando volvió a su cama y se sentó... fue a tumbarse un ratito y a se descalzó... y AHORA SÍ estaba allí reflejado en el espejo con cara de susto y descalzo.

Continuará...

